

***¿Qué función tiene el mito en la construcción  
de nuestra identidad sexual y de género en las sociedades actuales?***

El término mito proviene del griego "*mythos*", que significa "*palabra*" o "*historia*". Se entiende por mito todo relato acerca de los orígenes de cualquier tipo de realidad. Por tanto, hay diferentes tipos de mitos según la realidad que intenten explicar (cosmogónicos, teogónicos, antropológicos...) y suelen apelar a lo sobrenatural como elemento explicativo. Pero no debemos caer en el error de pensar que los mitos solo tienen función explicativa, pues, además, tienen cometido pragmático y de significado.

La función de significado hace que el mito sea muchas veces una forma de consuelo y alivio para las personas, ofreciendo así la idea de la vida eterna tras la muerte, el paraíso... En cuanto a la función pragmática, esta implica que sea una forma de legitimación de estructuras y normas sociales. Por ello es la más importante, ya que hace que el poder establecido defienda y perpetúe la creencia en el mito que, a su vez, ratifica su poder. Cabe destacar que al hablar de mito debemos tener en cuenta que la mayoría de estos han sido o son religiones; de esta forma, la mitología griega no es más que la religión de la Antigua Grecia y, en la actualidad, las religiones abrahámicas son, análogamente, mitologías aún profesadas. Un ejemplo de esta legitimación eran los emperadores romanos, a los cuales se les rendía culto como dioses tras su muerte y algunos incluso en vida, como promulgó Domiciano. Pero esto no solo ocurría en la antigüedad sino que incluso en la actualidad se sigue produciendo. Recordemos que el papa, como obispo de Roma, considerado la cabeza visible de la Iglesia católica, ejerce como vicario de Cristo, lo que legitima su supuesta infalibilidad. Infalibilidad promulgada por el papa Pío IX, en el Concilio Ecuménico Vaticano I en 1870 y que le otorga actualmente, además, inmunidad diplomática en 170 países.

¿Tienen los mitos sentido en el siglo XXI? Si es así, ¿qué funciones tienen? En los países más desarrollados el mito ha sido superado en su tránsito al logos, como ya había previsto Augusto Comte. No obstante, la fuerza del mito va mucho más allá de lo que este había supuesto. El mito es a la sociedad lo que el inconsciente al ser humano. En un primer análisis de la función pragmática del mito, hemos visto que tradicionalmente ha servido de base para las estructuras políticas de cada sociedad. Pero si ahondamos en el estudio actual del mito, apreciamos que también es el fundamento de las normas y estructuras sociales vigentes; es decir, del heteropatriarcado.

Vivimos en un mundo globalizado en el que ser hombre, blanco y heterosexual es una posición privilegiada. Todas aquellas personas que se salgan de esta

norma se ven estigmatizadas por la sociedad. En este caso, el mito, en la actualidad, sirve de cimiento a los prejuicios. Un ejemplo sería la comunidad LGTBIQ+. Actualmente es una minoría que sufre de prejuicios alimentados por mitos que a su vez tienen un trasfondo religioso. La mayoría de los grupos religiosos actuales rechazan y/o castigan la homosexualidad alegando que es innatural. Jeremy Strangroom sostiene que: *“no puede ser el caso de que algo sea moralmente incorrecto simplemente porque implique actuar de una forma que es contraria a nuestra naturaleza”*. Aquí se nos plantea el *“problema entre el ser y el deber ser”* expuesto por David Hume y denominado la ley de Hume o la guillotina de Hume. Lo que sostiene este dilema, dirá Jeremy Strangroom, es que *“el hecho de que algo sea de una determinada manera no nos dice nada sobre si debería ser de esa manera”*. De lo contrario, llegaríamos a afirmaciones como que el vegetarianismo es innatural; por lo tanto, es moralmente incorrecto; o que abstenerse de tener sexo es innatural, por lo que los sacerdotes católicos son inmorales (es decir, aquellos que consiguen abstenerse de practicar sexo).

En los años ochenta se produjo en los EEUU una gran propagación del VIH entre la comunidad gay, sobre todo. Los grupos religiosos empezaron a divulgar que el sida era una epidemia enviada por dios para castigar las perversiones homosexuales, lo que hizo que el estigma hacia la comunidad *gay* aumentara incluso más. En los primeros estudios sobre la enfermedad ya se supo que un tercio de los afectados no eran homosexuales; no obstante, casi no se mencionó este dato, alimentando así el mito de la homosexualidad antinatural. Si analizamos, en conjunto, los mitos sociales en los que se basan las culturas actuales, apreciamos que todos ellos construyen una supraestructura social mundialmente vigente, el heteropatriarcado. Este se basa, principalmente, en la creencia de la superioridad del hombre heterosexual sobre la mujer: *“Con la agricultura [dirá Conrad Phillip Kottak] se separó a las mujeres de la producción por primera vez en la historia de la humanidad. Los sistemas de creencias comenzaron a contrastar el valioso trabajo extradoméstico de los hombres con el rol doméstico de la mujer, ahora considerado como inferior”*.

En el momento en el que se empieza a considerar a la mujer como inferior, todo aquello que es femenino es devaluado. Cabe destacar que en ese momento la diferenciación de género aún no está tan marcada; sin embargo, será esta primera división la que provocará, como una reacción en cadena, cada vez más diferencias entre ambos géneros en aras de definir la superioridad del hombre frente a la mujer. Los hombres se hicieron con el poder de la producción y, en consecuencia, con el poder

político, lo que excluyó a las mujeres de poder tomar decisiones. Esto se produjo análogamente en la mayoría de las sociedades, puesto que la humanidad se ha desarrollado más o menos de la misma forma, aunque en diferentes periodos. Las religiones se convierten ahora en legitimadoras del poder masculino o, en otras palabras, en mitos con función pragmática y, generación tras generación, las propias mujeres interiorizaron esa inferioridad atribuida al género. Se producen ahora dos comportamientos misóginos en las culturas. Unas llegaron a rehuir tanto de lo femenino que redujeron al mínimo el contacto con la mujer, buscando el placer sexual exclusivamente en las relaciones homosexuales, como es el caso de la Antigua Grecia o la tribu etoro. Y otras consideraron que la homosexualidad, al suponer que uno de los individuos debía tomar el rol receptivo o pasivo, se asemejaba al rol femenino y por tanto debe ser erradicada. Como afirma Agustín de Hipona: *“lo activo es más valioso que lo pasivo”*. Es este el caso de las culturas que profesan religiones abrahámicas.

En lo que respecta a la homosexualidad femenina, la historia prácticamente ha ignorado su existencia. Esto no debería extrañarnos pues recordemos que la historia la escriben los hombres y estos se han tomado la sexualidad femenina como una broma o una herramienta sexual a su disposición. La idea de una relación romántica y sexual entre dos mujeres, y por tanto exenta de la presencia masculina, estremece a muchos hombres, puesto que supone un verdadero seísmo para los cimientos del heteropatriarcado. Como no es de extrañar, la mitología griega ilustra ese infierno para el género masculino con el mito de las amazonas líbicas, entre otros. José Juan Picos Freire asevera que: *“Si a los griegos les producían horror las independientes amazonas de Escitia, qué decir de estas [las de Libia], que hasta se habían organizado políticamente como si fueran ¡ciudadanas!”* Y es que las amazonas líbicas no solo tenían relaciones homosexuales sino que habían creado un homomatriarcado que amenazaba directamente al heteropatriarcado. Obviamente, los mitógrafos e historiadores grecorromanos tildaban a este pueblo de bárbaro. Además de organizarse políticamente como una ginococracia, estas amazonas vivían en Hesperia, una isla del lago Tritonis, y era tan fértil que no necesitaban hombres que cultivaran ni guardaran sus rebaños.

Con la aparición de las religiones abrahámicas la sexualidad femenina se considera inexistente, puesto que la mujer no debe recibir ningún tipo de placer, ya que el sexo fue creado por dios con el único fin de procrear: *“Agustín y Tomás de Aquino [dirá Uta Ranke-Heinemann] dejaron muy claro que la mujer fue dada al varón solo*

*como ayuda a la procreación, pero que como consuelo en la soledad, el varón, es una ayuda mejor para el varón.”*

La Iglesia Católica, por influencia del mundo griego, desexualiza la homosexualidad pero la mantiene, como sociedad machista. La devaluación femenina en la religión cristiana comienza tan pronto como Dios crea a Eva de la costilla de Adán. Pero, además, por influencia de Aristóteles, describe en el acto de la procreación cómo el varón “*procrea*” mientras que la mujer “*concibe*”. Actualmente la ciencia ha desmentido esto, ya que el semen no es el único principio activo sino que la mujer participa de forma paritaria mediante el óvulo. Incluso en la actualidad, la Iglesia ignora este hecho, puesto que negaría la actividad exclusiva de Dios en la concepción de Jesús.

La pregunta más importante sobre los mitos no es si tienen o no alguna funcionalidad actual, pues obviamente la tienen en tanto en cuanto que legitiman estructuras y normas sociales; la verdadera pregunta sería si es beneficiosa esa funcionalidad. El heteropatriarcado se apoya en una supraestructura social que se remonta al principio de los tiempos; no obstante, está basado en injusticias y desequilibrios sociales. El primer pilar de esta estructura milenaria es la desigualdad de género que radica en la división del trabajo durante la prehistoria. Con la desigualdad de género se produce la misoginia y una devaluación de lo femenino; en consecuencia, se empezaron a remarcar más las diferencias entre géneros. Para poder sustentar y conservar este sistema, el ser humano se convierte en creador de mitos que primero explican, pero explican legitimando el poder establecido y, además, aportan consuelo a las personas para que mantengan la esperanza y se contenten con aquello que tienen.

El mito está tan arraigado en nuestro pensamiento que cualquiera que salga de los espacios que se le asignan es repudiado y excluido. Los gays son rechazados por asemejarse a la mujer. El lesbianismo no es tomado en serio y cuando lo es, se considera un enfrentamiento directo contra el heteropatriarcado. La transexualidad es la que más transgrede las normas sociales y, por ello, son la minoría más castigada. En concreto, las mujeres trans son las que más rechazo reciben, puesto que se identifican con el género oprimido. En definitiva, el heteropatriarcado nos impide desarrollar nuestra identidad sexual y de género de forma natural y sana; por ello, debemos replantearnos todo lo que habíamos considerado tan sagrado que ni si quiera habíamos pensado en cuestionar. Como afirma Simone de Beauvoir: *“En sí, la homosexualidad está tan limitada como la heterosexualidad: lo ideal sería ser capaz de amar a una mujer o a un hombre, a cualquier ser humano, sin sentir miedo, inhibición u obligación.”*

**Cipariso**